

Tony Domin

OTROMUNDO

Su última misión



*He esperado durante la mayor parte de mi vida,
pero nadie ha venido.*

*Entonces emprendí un viaje muy, muy largo,
pero no encontré nada.*

*Y me gustó la idea de que todo lo que había esperado y buscado
solo se encuentra en mí mismo...*

*No es la frecuencia con la que te caes lo que cuenta,
sino con qué frecuencia te levantas...*

El final en el almacén

Los últimos rayos de sol se esforzaban por atravesar las sucias ventanas. El aire tenía un olor indefinible. Era una mezcla de metal, sudor, humedad y muchos otros olores. John se agarró el hombro izquierdo con la mano derecha. Sabía que estaba herido, pero no había tenido tiempo de curárselo en los últimos minutos. Miró hacia el sucio suelo del pasillo. Un hombre yacía boca abajo a sus pies, cuatro policías estaban esposando sus muñecas. Un clic audible aseguró a John que el trabajo estaba hecho. Sólo ahora sus ojos se deslizaron lentamente hacia su hombro izquierdo. Tenía un corte y su chaqueta negra estaba visiblemente manchada de sangre. John sonrió maliciosamente y se dijo en voz baja:

«El próximo trofeo».

Justo cuando iba a pensar si esta vez también podría cerrar el corte con superglue, el último policía se levantó del arrestado ante los ojos de John.

«¡Está usted herido! ¿Por qué no va a que le atiendan los paramédicos?».

John volvió a sonreír ligeramente. Sus párpados se cerraron en una rendija, como si estuviera cegado por el sol.

«Gracias, puede que lo haga después de echar un vistazo a la herida yo mismo», respondió.

Los otros agentes ya habían puesto en pie al agresor y lo sujetaban a dos metros de John. Era como si quisieran demostrar a John que tenían la situación bajo control. John ya había deducido que el hombre corpulento era de Europa del Este. Permanecieron cara a cara durante unos segundos. John miró al hombre, que era casi de su misma estatura, directamente a los ojos. El agresor miró a un lado y cuando gritó una palabrota ininteligible en europeo del Este, los policías se lo llevaron a la fuerza en dirección a un coche patrulla.

El policía que ya había hablado con John seguía de pie frente a él. «¿Puedo confiar en que nos acompañe a comisaría? Según su DNI, usted es John Bark y su profesión es inconfundible. ¿Lo felicitan cuando tiene éxito?». John volvió a sonreír con picardía.

«No, me pagan por ello. Incluso cuando no tengo éxito. Pero si eso ocurriera más a menudo, no conseguiría más trabajos».

El policía pensó un momento y contestó: «Entonces es casi como nosotros. La única diferencia es que nosotros siempre conseguimos nuestro dinero, aunque a menudo no tengamos éxito».

John le hizo un gesto con la cabeza y tendió la mano al policía de aspecto experimentado. «Ahora debo ir a ver a mi cliente y le aseguro que iré a su comisaría.».

Después de despedirse, John recorrió el gran vestíbulo. En un momento dado, había tres coches patrulla más y dos ambulancias. Su cliente seguía siendo interrogado por los agentes de policía. El segundo agresor yacía en una de las ambulancias, recibiendo tratamiento médico y siendo observado por cuatro policías. John le había roto el brazo a este hombre. Cuando John se unió al grupo más numeroso de personas, la mayoría de ellas le dedicaron una mirada más larga. John nunca había encontrado una explicación a por qué los demás se le quedaban mirando. A estas alturas ya se estaba haciendo a la idea y se acercó directamente a su cliente. «John, me alegro de que haya venido a vernos. He hecho mi declaración y podremos irnos. Pero no, ¡usted está herido! John, no me había dado cuenta. ¡Ese cabrón!». John sonrió. «No se preocupe, me ocuparé de ello más tarde, señor Cremer. Lo sé todo».

El señor Cremer era un hombre de negocios de primera clase. No llegaba a los sesenta años, tenía una posición económica más que desahogada y siempre era amable con todo el mundo. Era la tercera vez que contrataba a John, así que ya se conocían un poco. El cliente de John tenía el pelo abundante y moteado de canas, siempre vestía buenos trajes y su físico delgado también mostraba un poco de vanidad. Sus facciones parecían un poco demacradas, pero sus ojos sugerían calidez humana y alegría de vivir. A John le gustaba trabajar para este hombre inteligente, porque, aunque sus conversaciones siempre eran breves, siempre resultaban muy enriquecedoras para ambas partes.

El contenido de los trabajos era siempre el mismo. Consistía en acompañar al señor Cremer durante el transporte de objetos de valor. El señor Cremer formaba parte del consejo de supervisión de una gran empresa, era al mismo tiempo director general de una

empresa de logística de gran éxito y había hecho realidad un pequeño sueño gracias a su fortuna. Siempre había tenido afinidad por las joyas y también comerciaba con piezas muy valiosas en subastas. Pensó que era más seguro guardar estas valiosas piezas en tres almacenes. Estos tesoros se guardaban en cajas fuertes fabricadas especialmente y en salas técnicamente seguras hasta que se ofrecían y vendían en las subastas.

John no sabía por qué el señor Cremer había elegido este método de almacenamiento, ya que había soluciones más seguras. John no lo cuestionó. Desde el principio, había resuelto no investigar ni cuestionar nunca las razones del comportamiento de sus clientes. Mientras el trabajo y la seguridad de sus clientes no se vieran comprometidos en el encargo individual directo, él se mantenía al margen de todo.

«¡John, he terminado!», gritó el señor Cremer, que parecía casi aliviado. «Siento haber tardado tanto, pero por fin podremos irnos a casa». John asintió brevemente. Miró hacia la ambulancia. Aún podía ver que el segundo atacante seguía siendo atendido. Sólo podía adivinar si este hombre también procedía de Europa del Este, pero no importaba porque el trabajo ya estaba hecho.

John caminó decidido por el gran almacén hasta un Range Rover blanco. Condujo el coche hasta el grupo de gente y se detuvo. Estaba a punto de bajarse para abrir la puerta al señor Cremer, pero el señor Cremer ya se apresuraba hacia el coche y entró solo por la puerta del acompañante por primera vez. John se sintió un poco irritado, ya que el señor Cremer siempre había elegido el asiento trasero derecho.

«Creo que deberíamos conducir directamente a casa sin más dilación», exclamó el señor Cremer casi con alegría: Se abrochó el cinturón de seguridad y miró a John. «Sí, ya sé por qué nunca se abrocha el cinturón. Ya lo he entendido, gracias John, creo que hoy me ha salvado la vida, le pagaré una prima extra». John soltó el freno de estacionamiento y aceleró un poco.

«Señor Cremer, no tiene por qué hacerlo, todo forma parte de mi trabajo, de mi misión y de nuestro contrato». El señor Cremer respiró hondo.

«John», dijo el señor Cremer con mucha firmeza,» ambos no

sabemos casi nada el uno del otro, pero me gustaría decirle algo. Sé exactamente lo que ha hecho hoy. Está usted herido y tiene el traje y la camisa estropeados. También sé que el contrato establece que usted está dispuesto a dar su vida por la mía si la situación lo exige. Acéptelo, simplemente lo deseo».

John permaneció en silencio. El vehículo abandonó lentamente el lugar. Ya habían desaparecido los últimos rayos de sol. El Rover tardó unos segundos en salir de la gran sala. John encendió los faros, ya que entretanto había oscurecido. El otoño llevaba ya algún tiempo en el horizonte y por la noche ya había escarcha en el suelo.

Después de un momento, el señor Cremer continuó: «John, todo lo que ha ocurrido hoy es una experiencia completamente nueva para mí. Los dos criminales debían de estar bien informados. Parecían saber la hora exacta a la que yo vendría a buscar las joyas. Sin usted, John, creo que no estaría vivo. Todavía estoy estupefacto por la forma en que se deshizo de los asaltantes, le hirieron y los apartó como si nada. ¿Nunca tiene usted miedo?». Esta vez John respiró hondo.

«Señor Cremer, hubo un tiempo en que estaba aterrorizado». John dirigió el vehículo hacia la carretera principal y condujo hacia la autopista.

«John, ¿puedo saber si aquella fue una misión aún más peligrosa que la de hoy?». John sonrió.

«No, no era un trabajo, era una mujer», respondió secamente.

«Perdóneme John, estoy hablando como una cascada, pero todavía estoy muy emocionado». John volvió a sonreír.

«¡Es la adrenalina!».

El vehículo estaba ahora en la autopista. Normalmente tardaban cuarenta minutos en llegar desde el vestíbulo hasta la villa de Cremer. Ambos hombres permanecieron en silencio durante unos minutos hasta que el señor Cremer reanudó la conversación que habían iniciado.

«No quiero ser indiscreto, pero me interesa saber qué le pasó a la mujer. ¿Le ocurrió algo o cayó enferma? Y... no tiene que contestar, por supuesto». Los ojos de John bajaron brevemente.

«Ella era, pensé, el amor de mi vida», dijo John. Su voz sonó

desconocida para el señor Cremer. La voz de John era normalmente firme, clara y segura. Esta frase sonaba a melancolía y tristeza. El señor Cremer estaba un poco confuso. ¿Cómo podía entenderse? Preguntó con cautela:

«¿Le ocurrió algo que usted no pudo evitar?».

John respondió un poco más tranquilo que antes: «Ella simplemente se fue. Pero eso fue hace muchos años». Y sin quererlo, John añadió: «Lleva muchos años casada».

El señor Cremer trató de dar sentido a lo que había oído, pero no entendía muy bien lo que John decía.

«Permítame preguntarle qué quería decir con miedo». El asentimiento de John fue apenas perceptible.

«Durante los casi tres años que estuve con ella, me aterrorizaba la idea de que algún día no volvería a verla. Por eso no acepté ningún trabajo peligroso durante ese tiempo. Me di cuenta de que no podía proteger al cien por cien a un cliente con ese miedo». El señor Cremer se quedó pensativo. Sentía que no tenía derecho a indagar más, pero su curiosidad era mayor.

«Una última pregunta, si no le importa, John. ¿Por qué se marchó esa mujer? Me parece un hombre y una persona extraordinaria». John volvió a sonreír.

«Ya he oído eso antes. Mucha gente busca lo extraordinario y cuando lo encuentra, le asusta y huye. Esta mujer se fue porque necesitaba algo que yo no podía darle». El señor Cremer sonrió.

«John, perdone la indiscreción, una consulta: ¿qué es lo que no puede usted darle a una mujer?».

Sin dudarle, John respondió: «¡Dinero! sabe, señor Cremer, hay personas que no encuentran la felicidad en sí mismas y necesitan un sustituto. Algunos dicen seguridad, sí, de hecho, muchos creen que, si pueden permitírselo todo, entonces llevarán una vida feliz y segura». John volvió a centrarse en el tráfico. Esta frase provocó un silencio no deseado. ¿Fue intencionado?

El señor Cremer hizo una pausa. Él también era rico y conocía muy bien la atracción que ejerce el dinero. Miró a John sin darse cuenta. El señor Cremer no sabía si John también se refería a él, tal vez para hacerle pensar. Volvió a mirar brevemente a John. Sólo conocía a John por haber trabajado con él y por algunas conversaciones, pero no sabía nada de su vida privada. Ya en su primer encuentro había dado fe de la gran inteligencia y la notable

elocuencia de John.

El encargo de hoy también había demostrado al señor Cremer las capacidades de John. Sólo ahora se daba cuenta de lo que John era físicamente capaz de hacer.

Habían pasado unas tres horas desde el robo. Las imágenes del incidente volvieron a la mente del señor Cremer. Hasta ahora, la conversación le había distraído, pero ahora todo se reproducía como una película ante sus ojos.

Entraron directamente en el almacén y aún había mucha luz. Como siempre, el señor Cremer entró solo en la sala de seguridad donde se encontraba la gran caja fuerte especial. Sacó tres valiosas cadenas de la caja fuerte mientras John permanecía detrás de la puerta, como de costumbre. No se había dado cuenta de que John siempre procuraba pasar lo más desapercibido posible, casi invisible. Se había dado cuenta, pero nunca se había preguntado por qué. Pero ahora le parecía lógico. Formaba parte de su trabajo y probablemente le había salvado la vida. Cerró la caja fuerte y se dispuso a salir de la habitación con el casete. Sólo pudo reconocer vagamente a John desde la distancia, ya que la puerta abierta proyectaba una sombra oscura sobre él. Sólo quedaban unos metros y mientras caminaba, se llevó la mano a uno de los bolsillos del pantalón. Estaba a punto de coger la llave de la puerta cuando ocurrió.

De la nada, dos figuras encapuchadas se pararon frente a la puerta. Ambas vestían de negro, llevaban pasamontañas y estaban armadas. Uno con una pistola y el otro con un cuchillo en la mano derecha. Con los brazos extendidos, apuntaron con sus armas al señor Cremer y caminaron hacia él muy deprisa. Justo antes de llegar a la puerta, uno de ellos gritó en alemán entrecortado: «¡Vamos, hazlo, dámelo!». El señor Cremer se quedó paralizado. Su respiración se entrecortaba, sus miembros se agitaban. Abrió mucho los ojos y miró a su izquierda hacia la puerta donde estaba John y dejó caer el casete. John salió justo cuando el primer atacante aparecía detrás de la puerta y lo que ocurrió a continuación apenas fue visible para el ahora completamente congelado señor Cremer.

John saltó en un instante. Su mano derecha agarró la muñeca del

primer atacante que sostenía el cuchillo. La mano izquierda de John le agarró el codo. Con un brusco empujón, estiró el brazo izquierdo hacia delante y al mismo tiempo echó el derecho hacia atrás. Un fuerte crujido resonó en la habitación. John había roto el brazo del atacante con una fuerza descomunal. El cuchillo cayó y John empujó al hombre, que estaba a punto de caer hacia el segundo atacante que corría apenas un metro detrás de su compañero. Esta rápida acción hizo que el hombre armado ya no pudiera reaccionar. El elemento sorpresa era perfecto. Debido al peso del primer atacante y al suyo propio, el segundo atacante cayó inmediatamente de espaldas contra la pared. John soltó ahora al primer atacante que se desplomó del dolor y al mismo tiempo, agarró la mano del segundo atacante para desarmarlo también.

Una vez que tuvo el arma, saltó hacia atrás, apuntó con la pistola a los dos hombres y gritó: «¡Señor Cremer, coja el cuchillo que está junto a la puerta!». El rugido pareció funcionar, porque el señor Cremer siguió inmediatamente las instrucciones de John. Se agachó, cogió el cuchillo y se quedó quieto. Este hombre nunca había empuñado un arma y no sabía qué hacer. John se dio cuenta inmediatamente.

«¡Deme eso y llame a la policía!». Y de nuevo el señor Cremer siguió la nueva instrucción.

John tenía ahora la situación bajo control. Deslizó el cuchillo lateralmente por detrás de su cinturón y apuntó con la pistola a los atacantes que yacían juntos frente a la pared.

«¡Que nadie se mueva!», dijo John con mucha firmeza y en voz alta a los que yacían en el suelo. Todo sucedía a una velocidad tan vertiginosa que ni los atacantes ni el señor Cremer podían entenderlo todo. Sólo ahora se dio cuenta el primer atacante de que su antebrazo derecho colgaba y ya no obedecía a su voluntad. Parecía colgarle de la piel. A pesar del pasamontaña, se podía ver claramente la incredulidad con la que se miraba el brazo. Sólo ahora comprendió de dónde procedía el dolor que había sentido por primera vez hacía unos segundos y ahora que podía ver y se daba cuenta poco a poco de lo que le había ocurrido, el dolor se intensificó. Sintió náuseas y empezó a gemir.

La imagen que se les presentaba ahora a John y al Sr. Cremer no sólo era miserable, sino también cómica. Probablemente ambos

se habrían reído si el peligro no hubiera sido tan grave. Los gánsteres estaban medio tumbados unos encima de otros en el suelo sin atreverse a moverse. Uno murmuraba sílabas ininteligibles que sonaban muy agresivas y el otro se compadecía de sí mismo. Aunque intentaba reprimir su dolor, era inconfundible que estaba sufriendo. «La policía no tardará en llegar, John», dijo el señor Cremer, todavía un poco tembloroso. Su voz ya se había calmado pero su cuerpo aún no le seguía el juego. John le confirmó con un gesto con la cabeza.

La policía llegó al lugar con sorprendente rapidez y John pudo ceder la responsabilidad. El señor Cremer se recuperó más rápidamente. Al cabo de unos minutos comenzó su declaración.

«Oh John, he debido de perderme en mis pensamientos durante unos minutos. Realmente fue como ver una película, ya que sólo ahora estoy empezando a entender lo que realmente sucedió. Es una locura. Ni siquiera me había dado cuenta de lo que hizo exactamente y de cómo se produjo su herida». John soltó una carcajada.

«Ni yo mismo lo sé, probablemente fui demasiado descuidado. Ya le he echado un vistazo, no es un gran corte. Ni siquiera creo que tenga que tratarlo como suelo hacerlo».

El señor Cremer echó un poco la cabeza hacia atrás.

«¿Qué quiere decir?» dijo John brevemente: «¡Con superglue o incluso con una aguja!».

Esta vez el señor Cremer hizo una mueca de dolor aún mayor.

«¿Lo dice en serio?» John volvió a reírse.

«¡Sí! sabe usted, el super glue se disuelve en el cuerpo por sí solo al cabo de poco tiempo y yo sólo tengo que coser cuando es necesario y justificable». El señor Cremer sacudió la cabeza con incredulidad.

«Parece una locura, yo no podría hacerlo, pero estoy seguro de que usted sabe perfectamente lo que hace. ¡Y no sólo en este aspecto! John, pronto estaremos en casa. Una pregunta más: ¿cree usted que los dos criminales eran profesionales?» John entrecerró los ojos.

«Creo que como mucho eran ladrones semiprofesionales. Y también creo que la policía arrojará un poco más de luz sobre el caso. Los delincuentes hicieron muchas cosas mal. Sin duda

conocían sus costumbres y las condiciones del lugar, de lo contrario no habrían entrado en el edificio ni sabrían la hora. Así que lo estaban vigilando. En ese caso, también habrían sabido que nunca está solo durante el transporte. Luego está el hecho de que sólo una persona tenía un arma y entonces proceden de forma equivocada. En lugar de enviar a una persona delante para cubrir la espalda de la otra, fueron juntos. Esa era mi ventaja y por eso pude reaccionar como lo hice. Ves, esa es otra razón por la que me quedé en segundo plano. ¡Lo llamo el principio del Fuerte Álamo! Si nos hubieran visto a los dos, me habría encontrado con una situación diferente y habría tenido que reaccionar de otra manera. Siempre hago un esfuerzo si me ven para no dar a los posibles atacantes la oportunidad de desenmascaramme inmediatamente. Así existe al menos la posibilidad de un pequeño elemento sorpresa. Estoy seguro de que lo entenderá. Siempre hay que intentar tener una ventaja en la manga. La ventaja de hoy era que yo no era visible, aunque los chicos deberían haber sabido que debía haber un segundo hombre allí. Ya ves, ¡no eran profesionales!».

El viaje por la autopista transcurrió sin contratiempos y sólo les quedaban unos metros para llegar a la urbanización. Al igual que John, el señor Cremer vivía a las afueras de Frankfurt, lejos del bullicio y el ruido. La finca estaba situada sobre un pequeño valle, rodeada de bosques y prados. A diferencia de los lugares donde guardaba sus joyas, los terrenos de la finca estaban protegidos por profesionales. John se detuvo ante la verja de hierro. Dos cámaras cambiaron de posición para captar e identificar mejor el coche. La verja se abrió y el vehículo subió lentamente por el largo camino de entrada hasta la casa principal. El edificio estaba iluminado por luces activadas por sensores de movimiento. John se detuvo frente a la entrada principal.

John estaba a punto de saltar del vehículo para abrir la puerta al señor. Cremer cuando éste le dio un golpecito en el brazo.

«Está bien, hoy lo haré yo solo, John. Ha sido un día emocionante y además muy largo». John asintió y confirmó con voz tranquila y pausada: «Sí, un día muy largo». Los dos hombres salieron del coche y John esperó la despedida de rigor. Se estrecharon la mano y el señor Cremer dijo: «Es un día extraordinario para mí y

me gustaría que me siguiera hasta mi casa. No sólo se lo agradecería, sino que me parece apropiado». John se limitó a asentir brevemente como hacía siempre a su manera cuando algo le parecía correcto. Al señor Cremer, que le precedía, ya le esperaba su ama de llaves y le saludó amistosamente.

«Buenas noches, señora Darloff, hoy he traído conmigo a un importante y estimado invitado. Por favor, muéstrole el cuarto de baño de la planta baja y dele todo lo que necesite y a ver si encuentra una camisa limpia para el Sr. Bark, la suya está un poco sucia».

La mujer miró brevemente a John y dijo: «Buenas noches, señor Bark, comprendo. ¿Qué más necesita?»

John respondió: «Yodo, bastoncillos de algodón, una compresa pequeña, tiritas y un paño sin pelusa». Entró en el cuarto de baño mientras la señora Darloff iba a buscar las cosas que necesitaba. Sin haber mirado mucho a su alrededor, John se dio cuenta de que todo en la casa estaba realmente bien pensado y que cada detalle del mobiliario era de gran valor.

Después de que la señora Darloff le entregara todos los utensilios del cuarto de baño, John se puso inmediatamente a trabajar en sí mismo. A estas alturas ya tenía mucha experiencia en esto y sólo le llevó unos segundos. El corte en el hombro no era muy trágico, al menos para él. Su camisa y su chaqueta estaban realmente arruinadas y simplemente las dejó allí. La señora Darloff le había traído una camisa y un polo, pero ambos le quedaban pequeños, así que intentó ponerse el polo ya que la tela era más indulgente. Le quedaba muy ajustado, pero por fin tenía algo limpio que ponerse y, sobre todo, sin manchas de sangre. Ya limpio y medicado, salió satisfecho del cuarto de baño de invitados. El señor Cremer ya le esperaba un poco impaciente en la gran antesala del edificio. «John, ¡qué rápido! Espero que se encuentre mejor. Acompáñeme a mi estudio a organizar todo lo demás». Señaló con un dedo en dirección a una puerta. John pudo ver que la antesala del edificio parecía el vestíbulo de un hotel. El suelo estaba completamente cubierto de brillantes baldosas de mármol. Grandes alfombras daban calidez al mármol de aspecto frío y grandes pilares rodeaban la estancia. Antiguas vitrinas y otros muebles se colocaban discretamente en determinados lugares para no molestar a los ojos de los visitantes. Una pequeña zona

de asientos de cuero daba una sensación acogedora y una gran escalera de mármol conducía al piso superior. Una alfombra continua se extendía en el centro de los escalones y una enorme araña de cristal se entronizaba por encima de todo, instalada justo en el centro del techo. John había visto muchas cosas en su vida, pero tenía que admitir que nunca había visto una disposición tan armoniosa. Era como un conjunto perfecto de tesoros.

Una vez en el estudio a organizar, el señor Cremer se dirigió a un pequeño bar y preguntó a John si quería una copa. John dijo que no y el señor Cremer le contestó: «Siempre de servicio, John, pero nunca olvide que también tiene una vida privada». John sonrió. El señor Cremer le sirvió un whisky en el vaso. La forma en que lo hizo era un signo de habilidad y estilo. Como el estudio tenía un estilo muy parecido al de la entrada, John también se sintió muy cómodo aquí.

El señor Cremer se colocó justo delante de John y mientras levantaba brevemente su vaso, dijo: «¡Por nosotros y por un final feliz!». John asintió brevemente y el Sr. Cremer dio un pequeño sorbo a su copa. Era la primera vez que el señor Cremer veía a John sin camisa, corbata ni chaqueta. A través del ajustado polo, también pudo ver bien la parte superior del cuerpo de John por primera vez.

John era un hombre apuesto. Medía un metro ochenta y cinco y su cuerpo poderoso y bien entrenado nunca podía ocultarse completamente bajo la ropa. Tenía unos ojos grandes, oscuros y vigilantes. Nadie podía resistir su mirada durante mucho tiempo cuando John lo miraba profundamente.

Llevaba la cabeza llena de pelo oscuro rapado a los lados y en la nuca, rodeando su bien formada cabeza. Sus llamativos rasgos faciales, junto con una barba de tres días, se asemejaban a los de un antiguo atleta griego. Sus cuidadas manos podrían haber pertenecido a un artista. Al fin y al cabo, todos sus detalles no podían negar cierta vanidad.

El señor Cremer quedó muy impresionado y tuvo que rendirle pleitesía. «Seguramente se preguntará por qué le he invitado a mi casa. Admito que, al menos por un momento, quiero hacerle sentir que somos amigos, John».

Cuando John oyó la palabra «amigos», tragó un poco de saliva.

¡Amigos! John soñaba a menudo con abandonar este país para siempre. Pero seguía siendo un sueño, igual que el sueño de la amistad eterna. John había perdido a todos sus amigos a lo largo de los años. Había muchas razones para esta gran pérdida. Pero no era el momento ni el lugar adecuados para ocuparse del pasado. No era una prioridad. No tenía sentido.

«Estoy seguro, señor Cremer, de que usted sabe perfectamente que nunca debe haber amistad entre cliente y guardaespaldas. Puede que haya algunos colegas de profesión que se atrevan a hacer ese ejercicio de equilibrista, pero eso iría, como mínimo, en contra de mis normas.» Esta vez el señor Cremer sonrió.

«Sí, John, conozco sus normas y las entiendo más que bien. Tomemos asiento y permítame tener esta sensación, al menos durante unos minutos». Luego se sentó y John hizo lo mismo. Ahora estaban sentados uno frente al otro. Todos los sillones de la habitación eran idénticos. No había ninguna diferencia, lo que a John le recordó la Mesa Redonda o el Panteón de Roma. La Mesa Redonda como el Panteón, personificaba la igualdad entre los hombres y los dioses. John se convenció, a medida que iba conociendo al señor Cremer, de que esta asociación era sin duda su intención.

El señor Cremer prosiguió: «Ya le he dicho antes que es usted un hombre extraordinario. Creo que no sólo podría beneficiarme de su trabajo, sino también aprender mucho de usted. No me refiero a sus capacidades físicas, sino más bien a las mentales y emocionales. Espero poder hablar con usted abiertamente. ¿Le parece bien, John?». Un asentimiento familiar de John le permitió continuar. «Veo algunas cicatrices en sus brazos y mi instinto me dice que lleva muchas más, creo y por favor, no quiero ofenderle, que probablemente también haya muchas cicatrices invisibles». Hubo un silencio, después el señor Cremer se aventuró un poco más.

«Hoy me he dado cuenta de las vidas tan diferentes que llevamos los dos y quiero creer, no, lo sé, que usted es capaz de cosas mucho mayores, John. Y ésa es precisamente la fascinación que me transmite. Sí, ¡despierta mi curiosidad por usted en dimensiones inimaginables!».

John respiró hondo. Miró al señor Cremer firme y directamente a los ojos. Parecía un tigre hambriento y el señor Cremer se dio

cuenta de que, sin querer, había tocado una fibra sensible en John. Confiaba en John, pero ahora se sentía muy tenso. No tenía ni idea de lo que John le iba a decir.

John empezó a hablar en un tono muy tranquilo y pausado:

«Señor Cremer, no recuerdo que nadie en toda mi vida haya descubierto mi secreto, si es que había alguno. Muy pocas personas tuvieron sospechas, pero éstas quedaron en nada, quizá por miedo a tener que reconocer la profundidad y oscuridad de esta ilusión.

Una casa sin cimientos sólidos corre constantemente el peligro de resquebrajarse y romperse. Probablemente gracias a mi fortaleza he reparado todos estos daños. El esplendor de esta casa continúa hasta hoy y he podido hacer algo más que protegerla». Se hizo de nuevo el silencio, pero esta vez era diferente. Inesperadamente, la conversación había tomado un rumbo completamente distinto.

«Me he quedado sin palabras, John, y me alegro de estar sentado», dijo el señor Cremer, inclinándose un poco hacia atrás. «Si fuera más joven, habría dicho 'Vaya'. Sí, pero eso es exactamente lo que sospechaba. Su ejecución es exactamente lo que usted es como persona. Inusual y absolutamente polifacética. Ha utilizado el término profundidad y demasiada gente utiliza esa palabra para cosas completamente diferentes o ni siquiera entiende el significado cuando se asocia con el ser humano.

Gracias desde ya por su franqueza y sí, echo de menos conversaciones como ésta. Conversaciones de alto nivel y conversaciones con espíritu, profundidad y previsión, especialmente conversaciones sobre filosofía, como las de usted, ¿verdad?». John asintió. «Yo también suelo estar solo, John. Al menos con mis pensamientos. Y usted y yo sabemos exactamente de qué estoy hablando ahora. Por favor, cuénteme un poco más sobre su fundamento, estoy muy interesado».

«Con mucho gusto, Señor Cremer. Hace tiempo que me pregunto en qué consiste mi fundamento. Acabo de mencionar que probablemente sólo se basa en mi fuerza. Sin embargo, si el fundamento de una persona se basa únicamente en su fuerza, se expone inevitablemente a dos peligros. Por un lado, la fuerza podría agotarse un día, destruyendo los cimientos. Por otro lado, la fuerza podría quizás reducir la capacidad de construir y

mantener una relación con otra persona durante un periodo de tiempo más largo. Espero que lo entienda. Estoy agradecido por haber reconocido al menos lo que me rodea y en lo que puedo estar basándome, pero ¿adónde llevará a una persona? ¿Hay alguna solución para poder redirigir una fuerza existente?

Sé que lo que hay que cambiar es el fundamento, pero, ¿tiene una persona la oportunidad de construir un nuevo segundo cimiento, o sólo se le da esta oportunidad una vez al nacer y en su desarrollo inicial? Si fuera posible construir un nuevo cimiento, ¿qué pasaría con el existente? ¿Se convertiría en un monumento a la equivocada?». John tomó aire y añadió: «Creo que esta vez tendré que pedirle disculpas, porque no quería que nuestra conversación llegara tan lejos».

El señor Cremer tranquilizó a John. «En absoluto, John, lo he provocado yo mismo y estoy disfrutando sentado frente a un hombre que es al menos mi igual. Es estupendo que reflexione sobre usted mismo y se cuestione. Esa es la única manera de hacer que una persona sea buena o al menos mejor. También me gusta su arte de formular. Nunca sabe si habla de usted mismo o de los demás. A eso le llamo yo un don. Es una verdadera lástima que no hayamos llegado a conocernos en privado para poder tener conversaciones como ésta más a menudo. Y me encantaría seguir filosofando con usted sobre el fundamento.

Pero estoy seguro de que quiere irse a casa enseguida y puedo entenderlo. ¿Pero sabe usted lo que me parece genial? Hace unas horas tuvimos una aventura y ahora estamos hablando de cosas mucho más significativas y nuestra conversación también ha respondido a una pregunta importante que tenía antes». Los ojos de John se abrieron un poco, como si eso pudiera hacerlo aún más receptivo. «Me preguntaba cómo podía encogerse de hombros ante sus heridas como si nada. Sí, John, tiene razón, sin tener que decirlo. Hay cosas más importantes, ahora lo entiendo». John sonrió.

«Sí, efectivamente, así lo veo yo. Quizá sepa también por qué no fui antes al paramédico. Para empezar, ahora soy mejor evaluando lesiones y a menudo puedo ayudarme a mí mismo. Un muy buen amigo mío es cirujano y a veces corrige mis intentos de sutura en privado. Por otro lado, evito posibles malentendidos o

interpretaciones erróneas de la obligación de informar al médico. Y lo mismo se aplica al trabajo con la policía. Conozco bastante bien la ley, así que sólo denuncio las cosas cuando es legalmente necesario». El señor Cremer quedó sorprendido:

«Interesante, estoy intentando pensar en un ejemplo.

¿Puede usted ayudarme?»

«Sí, claro, hace unas semanas mi cliente fue agredido en la calle por la noche. Derribé al agresor y cayó inconsciente. Luego lo puse en posición de recuperación y llamé a los servicios de emergencia para estar seguro. Por supuesto, esas llamadas sólo se hacen con tarjetas prepago no registradas. En mi trabajo, no puedo esperar mucho tiempo con un cliente a los servicios de emergencia o similares, ni siquiera hacer declaraciones que requieran mucho tiempo. Si tengo un trabajo claramente definido, entonces tengo que atenerme a un horario».

«Lo entiendo, pero casi me da la risa porque me lo estoy imaginando con el puesto de recobro. Bueno, creo que legalmente es inobjetable. ¡John! Cada vez usted me sorprende más. Cuando resuma todo lo que he oído y visto, ¡me temo que muy poca gente será capaz de entender lo único que usted es!»

«¿Único, señor Cremer?» John le interrumpió bruscamente y le contestó en un tono muy tranquilo: “Todavía no se ha demostrado y si su afirmación es cierta, ¡no sé si es merecida!”.

«Impresionante, siempre impresionante, John, tiene usted la capacidad de ocupar mis pensamientos durante horas con una sola frase. Oh, cómo echaré de menos nuestra conversación. ¡usted inspira tanto mi imaginación! Gracias por ello». Y añadió después de unos segundos:

«Creo que su antigua novia no tenía ni idea de lo que usted representa y es. Lo siento mucho porque creo que usted quería mucho a esa mujer».

John respiró hondo de forma audible y el señor Cremer se prohibió seguir hablando del asunto. «¿Cuáles son sus planes en este momento, John?»

«Oh, vuelo a Roma por la mañana. Tengo una cita allí con un nuevo cliente. Me quedará allí en privado unos días. Me encanta esa ciudad y he estado allí varias veces».

«Eso suena bien y estoy seguro de que también le interesa la historia. ¿Estoy en lo cierto al adivinarlo?»

John se rio a carcajadas. «¡Sí, de hecho, creo que he adquirido muchos conocimientos a lo largo de los años!».

«Mis respetos, John. Quizá me lo cuente más tarde. Creo que los dos estamos cansados y deberíamos dar por terminada esta larga jornada, aunque debo insistir en que hoy me resisto a separarme de usted. Hacía mucho tiempo que no tenía una conversación tan estimulante».

«Estoy de acuerdo, siento lo mismo, pero todavía debo entregar el Range Rover y luego el viaje a casa por delante.»

«Una cosa más, John», -el señor Cremer empujó hacia John un sobre que ya estaba sobre el escritorio- «esta vez no quiero factura y puedes contarlo».

«No hace falta que lo haga con usted, pero espero no encontrarme una prima porque yo...». El señor Cremer le interrumpió:

«¡Tómelo por favor, permítame este placer!»

John dudó un momento y luego asintió. Al levantarse, cogió tranquilamente el sobre. «Le acompaño a la puerta», y ambos hombres caminaron en silencio hacia la gran puerta principal. Se estrecharon la mano una vez más y el señor Cremer dijo en voz baja: «Qué día tan inusual hemos tenido. Todo está hecho y todo está dicho. John, le deseo de todo corazón un buen viaje y espero volver a verlo».

Sin darse cuenta de que no volvería a ver al señor Cremer, John contestó: «Muchas gracias y sí, hasta la próxima». Se dio la vuelta y se dirigió al coche. Ambos levantaron las manos casi simultáneamente para despedirse. Al cabo de unos segundos, el Rover desapareció en la noche.

A la ventana

John se quedó en la ventana durante mucho tiempo. Sus ojos escudriñaban la pequeña vista del exterior como un escáner. Sus pensamientos y sentimientos funcionaban de forma descoordinada. Quería entender y sentir lo que veía al mismo tiempo y en la misma medida, su corazón y su alma. Desde que podía pensar, le había disgustado no encontrar un orden para procesar tales impresiones de forma lógica y consecuente. *Hay demasiado a la vez*, se dijo a sí mismo. Y no era el momento adecuado para procesar todo esto. Así que se dio la vuelta, dejó su asiento junto a la ventana y volvió a sentarse en su silla, que le resultaba muy familiar desde hacía años. Esta silla había visto muchas habitaciones y apartamentos en los últimos años, pero no tantos como los que John había visto antes que él. Seguramente estaba la diferencia de edad. La silla solo tenía ocho años y John estaba en la mitad de la cuarentena. Sin embargo, John estaba seguro de que habían vivido muchas cosas juntos. Habían visto mucho y sobrevivido a muchas tormentas. Pero después de unos minutos de reflexión, John se dio cuenta de lo absurdo de sus pensamientos y rápidamente los descartó.

Había sido un día largo y ya echaba de menos hablar con el señor Cremer. Le encantaban las conversaciones largas y, sobre todo, significativas. Pero prefería filosofar con otras personas.

El trabajo se había completado satisfactoriamente, había recibido su dinero y, por lo tanto, podía concentrarse en el viaje planeado a Roma. Su cliente potencial ya le había enviado el billete y ahora todo estaba organizado.

Una vez más, dedicó sus pensamientos al señor Cremer. A los ojos de John, era una persona muy agradable y también expresó un interés personal en John. John no se sorprendió por esto. En los últimos años, se había convertido en la norma que las personas que conocían a John buscaran su amistad o al menos su compañía. Y al principio todos lo colmaban de palabras amables. La gente atestiguaba su singularidad, inusual o incluso sinónimos más mundanos. Lo llamaban increíble, inteligente o incluso atractivo y sexy. Pero ¿dónde estaban todas las personas que aparentemente lo consideraban tan importante?

¡Y había algo más que le había llamado la atención! Sin excepción, todos le preguntaban por qué no tenía una mujer a su lado o por qué las mujeres le habían dado la espalda. Una y otra vez, las mismas preguntas y la misma historia. Y no importaba lo que hiciera o dijera, nada cambiaba y seguía solo. Debía de ser lo mismo para Bill Murray que para Phil Connors en la película *Atrapado en el tiempo*. ¡Nada cambiaría!

John estaba cansado de que le hicieran casi las mismas preguntas y de tener que mantener casi las mismas conversaciones durante muchos años. No se atribuía ninguna arrogancia, pero si los demás tenían razón, ¿por qué nadie se quedaba nunca con él? Y de toda esa gente, ni uno solo sabía cuándo era su cumpleaños, qué hacía en vacaciones o incluso, durante la época navideña.

Llevaba varios minutos mirando la pantalla del ordenador, que se alzaba como un rey en el escritorio frente a él. *Tiene poder*, se dijo John. La extraña caja con los coloridos píxeles en su interior tenía poder sobre él y sin duda, sobre muchos otros compañeros de sufrimiento. Este nuevo pensamiento lo asustó. ¿Estaba a punto de volverse loco, o incluso de caer presa de una dependencia de cables, chips y transistores? Gritó a pleno pulmón: «¡No, hoy no volveré a revisar más correos electrónicos ni nada!» Se levantó de la silla molesto y no se olvidó de apagar la pantalla al menos. *Sería aún peor si yo mismo degenerara en un juguete de los inventores de la miseria humana. Nadie más que yo mismo puede tomar el poder sobre mí.*

John sintió que estaba hablando solo de nuevo. En los últimos años, este hábito se había convertido en una manía. Sus manos sudorosas daban testimonio de su ansiedad interior. ¿Estoy en declive o ya estoy en el precipicio? Buscó una respuesta y finalmente, decidió, como tantas veces últimamente, responder a esta importante pregunta más adelante.

Su juego para distraerse siguió su curso habitual. Encendió un cigarrillo y se dirigió a su enorme equipo de música. La emisora estaba preprogramada, así que todo lo que tenía que hacer era pulsar el botón de encendido. Como si se lo hubieran ordenado, unos grandes altavoces llenaron la fría habitación de su salón, y una música relajante impregnó cada rincón de la habitación de diseño moderno. Pero ni siquiera la música podía calentar la

lúgubre habitación. John era consciente de que cualquiera podía ver el valor de los muebles. Pero, del mismo modo, cualquiera podía sentir la frialdad que emanaba de esas cosas. ¿Tenía frío él mismo o había que enfriarse para poder moverse entre esos muebles sin sufrir daños notables? Sin quererlo, muchas preguntas comenzaron a inundar su mente de nuevo. Las preguntas se habían convertido hacía mucho tiempo en una parte elemental de su ser. Apenas había personas, acontecimientos o incluso sentimientos que pudiera aceptar sin que surgieran muchas preguntas nuevas en su alma. El concepto de destino no existía para él. Solo existían las coincidencias o los hechos.

Si existía el destino, se dijo a sí mismo, debía haberlo castigado duramente condenándolo a cuestionarse constantemente a sí mismo o a diseccionar otras cosas. Se dio cuenta de que una superficialidad saludable era el privilegio de la gente normal. Como se consideraba algo inusual, esta circunstancia de cuestionamiento permanente tenía que ser una consecuencia lógica de su alteridad. Encendió otro cigarrillo, con la esperanza de que fumar lo distraería de sus pensamientos. Pensó que fumaba mucho. Lo descartó como una debilidad justificable, porque para exonerarse o justificarse, al menos podía afirmar que el alcohol no le afectaba, porque vivía en abstinencia casi total. Sin embargo, admitió que a menudo había deseado poder aclarar sus ideas con algo. Pero estas cosas no incluían ni alcohol ni drogas ni pastillas. Para él, consumirlas habría sido un signo de debilidad y sumisión. Y ninguno de estos atributos debería ser una carga para él o hacerlo vulnerable.

Había tenido que aprender que, aunque la sociedad era consciente de las debilidades y las permitía en público, la realidad era diferente. La gente que le rodeaba siempre estaba encantada de encontrar debilidades en John. Entonces podían criticarlo, exponerlo, ser hostiles con él o incluso intentar derribarlo. Durante los primeros años, John no podía entender qué motivaba a la gente a buscar sus debilidades para usarlas en su contra tarde o temprano. Sólo mucho más tarde comprendió que la causa estaba muy relacionada con él mismo. En público, se le conocía como un maestro de la retórica sin aristas, que perseguía sus objetivos con rigor. Muchos pensaban que era intocable, algunos lo consideraban arrogante, otros lo tachaban de calculador y otros

incluso de egoísta.

Él mismo no se atribuía ninguna de estas características. Tenía un pasado difícil y, con el paso de los años, había desarrollado intuitivamente defensas exitosas para desafiar a las hienas de la sociedad. Admitió que era completamente diferente a muchos de sus compañeros. No estaba particularmente orgulloso ni feliz de darse cuenta de ello. No, le hacía sentir solo. Muchos, especialmente las mujeres, pensaban que era interesante. Sin embargo, no se atribuía ningún mérito por ello. Al contrario, sabía muy bien que nadie podía soportarlo por mucho tiempo. Al poco tiempo, era demasiado agotador y demasiado abstracto para la mayoría de la gente. Demasiadas facetas incompatibles dificultaban tratar con él como persona. Sin embargo, su entonces esposa Corinna parecía ser capaz de hacerlo, aunque no siempre fue buena con él. Pero después del divorcio, supo la razón de su aparentemente inusual habilidad. En una conversación, ella le dijo que lo había engañado varias veces durante el matrimonio. Él todavía recordaba bien la conversación. En ese momento, se tomó la noticia con frialdad. La razón de su falta de emoción no era solo que lo sabía desde hacía muchos años. Había sido capaz de sentirlo en ese momento sin tener ninguna prueba visible. También sabía desde hacía mucho tiempo que Corinna solo lo veía como un objeto deseable y no como una persona para la que un hogar con sentimientos, honestidad y lealtad era un elixir esencial. Fue su infalible intuición la que lo acompañó a lo largo de su vida, permitiéndole sentir y percibir cosas. A veces lamentaba profundamente que estas premoniciones nunca le hubieran decepcionado. Para su disgusto, siempre tenía razón cuando una corazonada o un presentimiento le alcanzaban, buenas sorpresas, pero también muchas malas. Estas últimas estaban dominadas por un dominio que a veces le hacía preguntarse si todavía era capaz de existir en la normalidad.

Estaba acostumbrado a la autocrítica severa. No era una de sus características ver siempre a los demás como los culpables. No, estaba convencido de que él solo era responsable de todo, incluso cuando sabía que no era así. Sin que él se diera cuenta, ya se había encendido un nuevo cigarrillo y el cenicero corría el riesgo de llenarse hasta el punto de reventar. John solo se dio cuenta cuando la ceniza cayó sobre la mesa. No tuvo más remedio que

vaciar el cenicero.

John era un anfitrión muy limpio y a veces incluso meticuloso. Su énfasis en el orden y la limpieza era una de sus muchas, y a menudo molestas, idiosincrasias, que él literalmente celebraba. Sin embargo, se podía admitir que estas pequeñas «manías» habían disminuido lentamente a lo largo de los años, de modo que su comportamiento actual se había reducido a un nivel humano de tolerabilidad.

Cuando vació el cenicero, volvió a mirar por la ventana. Incluso de niño, aprovechaba todas las oportunidades que la naturaleza le ofrecía para reflexionar sobre sí mismo y su vida en su presencia. La ventana ante la que estaba no podía ofrecerle más que una impresión insatisfactoria de su conexión con la naturaleza. Miró fijamente la superficie blanca y cristalina de la primera helada. Eran poco menos de las dos. Algunos árboles que habían sido plantados recientemente intentaban desafiar el frío.

Valientemente, emprendieron su lucha contra el trasplante no deseado. John sabía que era difícil para los árboles ser arrancados de su entorno familiar y luego encontrar la felicidad en un suelo desconocido durante una estación fría. John ni siquiera se dio cuenta de cuánta atención prestaba a estos árboles. Quizás en ese momento se sintió como si fuera uno de ellos.

Durante su vida, John había vivido en muchos alojamientos, apartamentos y casas diferentes, pero sin sentirse realmente como en casa en ninguno de ellos. Para él, un hogar no era solo un techo sobre su cabeza, ventanas y calefacción. Tenía que ser mucho más que eso. Pero nunca había conocido realmente un verdadero hogar, o tal vez no lo había reconocido cuando pudo haberlo tenido.

El deseo de un hogar se había convertido en una adicción para él en los últimos años. Su inquietud interior, su inquietud constante, al menos, lo delataba. Lo buscaba por todas partes y a veces se sentía como los buscadores de oro de Klondike que Jack London describió una vez en su novela. John estaba, en efecto, para disgusto de los que lo rodeaban, en constante movimiento. Aunque irradiaba una calma invisible a los demás, su comportamiento era completamente contrario. Si oía una palabra que no conocía, se levantaba de un salto y sacaba un libro de la estantería para buscarla. Si descubría un error o una discrepancia,

iba a buscar herramientas para arreglarlo en el techo, en la pared o en el suelo. La hora del día nunca era importante para él. No era raro que cogiera un pincel a las tres de la mañana y retocara la pintura del techo.

Muchos afirmaban que tenía cualidades de político, escritor, filósofo e incluso de profeta. Sí, en parte estaba de acuerdo con ellos. Tenía muchos de estos atributos atestiguados y, sin embargo, todavía se sentía incompleto. Sus múltiples facetas lo hacían interesante para los demás. Para él personalmente, sin embargo, significaba soledad.

También era consciente de que tenía habilidades retóricas. Podía dejar a los demás sin palabras, ofendidos, incluso destruidos con solo unas pocas palabras o una sola frase. Pero en lo más profundo de su corazón guardaba el juramento de un samurái. Utilizaba esta habilidad solo para defenderse y nunca para atacar. Incluso advertía a los demás antes de usar esta herramienta. Para él, en realidad era solo una herramienta. Los artesanos también tenían herramientas, los ricos tenían dinero y los soldados tenían armas. Entonces, ¿por qué no iba a usar esta habilidad como una herramienta, como un medio de compra o incluso como un arma? Perdido en sus pensamientos, ni siquiera se dio cuenta de que el cigarrillo que había apagado después de encenderlo hacía mucho que se había consumido en el cenicero. Por casualidad, el cigarrillo no cayó al suelo ni al alféizar de la ventana, sino que permaneció pegado en el hueco designado. Fue el olor desagradable que provenía del filtro chamuscado lo que le indicó a John que era hora de encender otro. Sin siquiera mirar, John tomó el paquete con la misma precisión de un reloj, sacó un Lucky y tomó el encendedor con la misma precisión con su mano libre. Con automatismo, encendió el cigarrillo en el mismo momento en que lo colocó entre sus labios carnosos en el lugar designado. Los hombres suelen empujar el cigarrillo más hacia los lados entre los labios, a diferencia de las mujeres, que prefieren colocarlo en el centro. John era un hombre, al menos por fuera, y por eso lo hacía como lo hacían todos los hombres. Siempre parecía un poco informal y, sin embargo, como todos los demás, la forma en que fumaba revelaba un poco de su carácter.

Su vanidad le impedía ser descuidado consigo mismo y con su entorno. En casi todas las situaciones de la vida, siempre vestía

un atuendo bien cuidado. Llevaba el pelo corto, lo que le valió el apodo de «Marine» entre sus amigos. En el pasado, a veces había fingido ser un marine estadounidense para sus amigos, ya fuera por sí mismo o simplemente para que sus amigos parecieran más interesantes porque tenían un amigo estadounidense. John hablaba muy bien inglés y le resultaba fácil imitar la jerga típica estadounidense. Se divertían mucho en aquella época y John solía ser el centro de atención. Ya fuera en discotecas o en bares, el acto de ser un marine estadounidense siempre funcionaba, y muchas mujeres habían perdido la cabeza para cuando él tenía que volver a casa.

John sintió que por primera vez en mucho tiempo estaba pensando en sí mismo, lidiando consigo mismo, sí, en realidad se estaba poniendo a sí mismo en primer plano por primera vez en su vida. No porque pensara que era importante, sino porque era hora de atreverse a empezar de nuevo. Tenía la fuerza, el coraje y también la voluntad indestructible de elevarse una vez más muy por encima de sus capacidades y posibilidades. A veces se sentía como un globo, soñando con nada más que elevarse hacia el sol, hacia la luz, hacia el ser. Pero el pesado lastre de su pasado, prisionero de sí mismo, lo retenía constantemente. Era consciente de que tenía que cambiar algo, pero también tenía absolutamente claro que tenía que esperar reveses que lo harían retroceder de nuevo.

En su autocrítica, las imágenes de la película con Bill Murray seguían apareciendo involuntariamente. Tuvo que admitir que su vida también consistía en repeticiones. Cumplía tareas o misiones y era celebrado por mucha gente. Lo colmaban de honores y muchos elogios, pero en última instancia llevaba una vida solitaria. Tenía que conseguir salir de esta rutina y poder participar por fin en la vida real. Solo quería vivir y estar con gente que no solo lo admirara, sino que realmente lo quisiera. Estaba listo para emprender la lucha y sería la lucha de su vida. Las estrellas estaban en una buena posición esta vez y había llegado el momento de cambiarlo todo.

La casa invisible

El despertador zumbaba sin cesar y dos dedos pequeños y delicados buscaban a tientas la fuente del ruido. El despertador ya estaba en su cuarta ronda y corría el peligro de caerse de la mesita de noche, porque los deditos no encontraban el botón adecuado para detener el molesto ruido pulsándolo. Tras el quinto intento, el despertador cayó sobre la suave alfombra sin haber detenido el zumbido. «Oh, tío», resonó enérgicamente, pero con voz dulce, por el dormitorio. A pesar de la profunda oscuridad, los dos dedos consiguieron por fin encontrar tanto el despertador como el botón correcto para poner fin al zumbido. Un suspiro de alivio y el reconfortante sonido de un cuerpo pequeño cayendo sobre las almohadas sugirieron la presencia de una criatura grácil.

Un clic hizo que una pared móvil se levantara inexorablemente. La gran persiana se deslizó lentamente hacia arriba y, con cada movimiento, más rayos de luz inundaron el gran dormitorio. Impregnaron la gran habitación como una niebla matutina e iluminaron el suelo enmoquetado. Poco a poco, los otros hermosos muebles también recuperaron sus contornos reconocibles.

A Noemi le encantaba que el sol la despertara. Estaba tumbada en una gran cama blanca, enmarcada por un respaldo dorado de estilo barroco. Estaba tumbada como en un altar, rodeada de muchas almohadas, medio cubierta por la manta. Una pierna larga y hermosa estaba expuesta, de modo que también se podía ver parte de su trasero y espalda. Una mirada a su hermoso cuerpo solo podía distraerse por su cabello negro y encrespado. Pequeños, bonitos y delicados pies asomaban por debajo de las sábanas, pero inmediatamente buscaban la protección de la cálida manta cuando un poco de aire fresco entraba por la ventana inclinada.

Unas hermosas y delgadas manos subieron un poco más la manta para proteger también la espalda del aire fresco. La habitación en la que yacía esta hermosa criatura era un oasis que no podía describirse con palabras normales. Esta habitación, no, este lugar era como el castillo de un ángel. Del techo y de las paredes

pintadas de un color ligeramente amarillento colgaban cortinas blancas, sedosas y transparentes como un dosel. Un gran estuco en el techo estaba iluminado por una luz extraña. Muebles caros, modernos y de aspecto antiguo estaban bien dispuestos sobre un suelo de baldosas de mármol. Las cortinas se movían ligeramente con la corriente de aire. Parecía un baile de elfos. Incluso Marco Antonio habría sospechado de Cleopatra ante tal espectáculo, si no hubieran penetrado ruidos de motores desde el exterior, perturbando este oasis único en su propia paz.

Un ligero crujido de la colcha fue el presagio de la lucha interior que tuvo que librar para aclararse si debía levantarse o quedarse en la cama un poco más. Pero después de unos minutos, el enemigo llamado cansancio perdió la batalla. El vencedor se llamó entusiasmo por la acción y la gran colcha se levantó de forma impresionante. Debajo estaba Noemi, y cuando parte de la manta se deslizó suavemente hacia abajo, reveló su rostro.

Gran parte de su cabello estaba erizado y un gran mohín desafiante atestiguaba su juventud. Casi se podría perdonar a cualquiera por pensar que Noemi todavía era una niña. Pero en el momento en que abrió los ojos y miró a su alrededor, parpadeando levemente, la mujer se hizo visible. Su semblante iluminó tanto la habitación que uno se sintió tentado a compararla con una diosa. De hecho, la naturaleza la había bendecido con abundancia. Su cuerpo perfecto era el epítome de la belleza. Lo que otras mujeres tenían que trabajar laboriosamente o corregir estaba disponible para ella en abundancia, cautivando y cautivando para siempre a cada fotógrafo o poeta.

Noemi giró ligeramente su cuerpo hacia un lado y levantó las piernas. Sus piecitos tocaron las baldosas, agradablemente calientes gracias a la calefacción por suelo radiante. Luego se enderezó y, aun balanceándose ligeramente por el cansancio, se dirigió hacia el baño. Los pies se movían un poco inseguros, como si fueran patas de terciopelo, pero con gracia sobre las baldosas de mármol, y los pequeños pies marrones parecían un poco más grandes debido a las uñas discretamente pintadas.

Cerca del baño, Noemi chasqueó los dedos. El sonido no solo iluminó automáticamente la habitación, sino que también hizo que una radio comenzara a sonar de inmediato. El dormitorio de Noemi medía unos treinta metros cuadrados, pero el baño tenía que ser

un poco más grande. En el centro de la habitación había una enorme bañera redonda empotrada en el suelo. A su alrededor había tres voluminosas palmeras, iluminadas desde abajo con una suave luz verde. En un lateral, había una ventana de vidrio esmerilado que ocupaba todo el ancho de la habitación, a través de la cual podía entrar la luz del día filtrada. Lo más llamativo, sin embargo, eran las cuatro columnas de mármol que parecían sostener el techo. Estas rodeaban la piscina redonda a la misma distancia. Los otros tres lados de la habitación cobraban vida gracias a los azulejos ornamentales orientales. Esta fantástica habitación se asemejaba a un vestíbulo o a una antigua casa de baños, pero la cálida armonía de todos los detalles, cuidadosamente dispuestos, habría animado a cualquier visitante a quedarse mucho tiempo.

Noemi hacía tiempo que se había acostumbrado a esta vista, así que dedicó su principal interés a su aseo matutino. Después de unos minutos, estaba lista y salió del baño. Mientras estaba de pie en el pequeño pasillo, oyó un pitido. Era la cafetera, que estaba programada a las siete en punto. Así es como Noemi siempre sabía que todavía tenía tiempo para coger las cosas adecuadas de su dormitorio. Elegía su vestuario de su vestidor, al que se accedía a través de una puerta de cristal. Como solía hacer cuando iba a la tienda, eligió entre ropa azul oscuro, negra o gris oscuro. No le gustaban mucho los pantalones, pero hoy se decidió por un traje gris oscuro. En un abrir y cerrar de ojos, se había puesto la ropa interior y el traje. Por último, cogió un par de zapatos negros de tacón medio de otra parte del armario. Sabía que la altura de los tacones era muy importante para sus clientes. Para sus clientes más jóvenes, un tacón demasiado bajo significaba que podría ser un ama de casa en la vida privada, y para sus clientes mayores, un tacón demasiado alto significaba que podría ser demasiado joven o incluso poco fiable.

Así que Noemi se había comprado un arsenal considerable de zapatos, como habían hecho otras mujeres, solo que con la diferencia de que Noemi tenía más de ciento cincuenta pares, con una selección de cincuenta solo para su negocio. La mayoría tenía un tacón de seis centímetros de altura, lo cual era socialmente tolerado y aceptado.

Salió de su dormitorio y caminó por el largo pasillo hacia la oficina.

La oficina estaba amueblada de forma funcional. Aparte de una gran mesa de cristal con un ordenador y una impresora, lo único que se veía era una silla de oficina y un gran número de estanterías metálicas contra la pared. La habitación no parecía especialmente cálida. Todo estaba perfectamente ordenado, lo que indicaba que la habitación se utilizaba únicamente con fines pragmáticos.

Como hacía todas las mañanas, revisó sus correos electrónicos, los marcó todos y los imprimió. Luego tomó la media docena de páginas en su mano derecha y se dirigió apresuradamente a la cocina, sintiéndose un poco estresada. Era hora de ponerse manos a la obra. El café había estado listo durante mucho tiempo y la cocina estaba llena de un agradable aroma. La cocina estaba combinada con la sala de estar y estaba ubicada dos escalones más arriba que el área de la sala de estar. La cocina medía treinta metros cuadrados y el salón cincuenta. La cocina era de estilo típico español, con una gran encimera rectangular en el centro, rodeada de un gran número de taburetes de bar. La pieza central era una isla de cocina igualmente grande en medio de la encimera. Noemi se sentó en uno de los taburetes, cruzó la pierna derecha sobre la izquierda, se sirvió un café con leche y azúcar y leyó sus correos electrónicos. Un vistazo rápido a los mensajes le bastó para realizar algunas acciones necesarias o hacer algunas llamadas telefónicas. Un vistazo a su reloj de pulsera de oro le indicó que tenía que irse. Se apresuró a coger sus cosas, las metió en un bolso de cuero negro y se dirigió a la puerta del apartamento, la abrió y, tras cerrarla con llave, tecleó su fecha de nacimiento en un abrepuertas electrónico desde el exterior, activando así el sistema de alarma. Había querido cambiar la combinación durante varios meses, ya que se dio cuenta de que otros podrían introducir su fecha de nacimiento en algún momento y amenazar su propiedad privada como visitantes no deseados. Pero el pensamiento se desvaneció rápidamente cuando volvió a mirar el reloj. Bajó corriendo los tres escalones de la entrada. El edificio en el que vivía parecía desde fuera un almacén antiguo y Noemi siempre se aseguraba de que se mantuviera esa impresión para mantener a los demás alejados.

El edificio estaba situado cerca de una carretera principal y se accedía a él a través de un largo camino de entrada. La propiedad

era grande y estaba claro que en su día había habido un negocio. Uno podría haber tenido la impresión de que nadie vivía realmente aquí si todo no hubiera estado muy bien cuidado. El edificio estaba rodeado de adoquines. Solo quedaban árboles y plantas de hoja perenne en el borde de la valla para ocultar la vista a los paseantes.

Noemi cogió las llaves de su coche y no miró el edificio. Cuando salía de casa, siempre iba primero al buzón separado junto a la valla de la calle. De esta manera, evitaba que alguien se acercara regularmente al edificio y podía estar segura de que la gente solo tocaba el timbre para el correo privado. Al presionar el botón del juego de llaves, se ponía en movimiento una puerta enrollable, que estaba unida a la parte delantera trasera izquierda del edificio. Noemi no esperó a que la puerta se abriera por completo, sino que se agachó rápidamente para llegar al vehículo. Había dos coches en el vestíbulo. Un BMW descapotable negro y un Jeep americano negro, que parecía gritar aventura con sus barras cromadas brillantes. Pero como siempre, la llamada parecía no ir a ninguna parte, porque Noemi solo conducía el descapotable para ir a su trabajo. El aventurero, como siempre llamaba al Jeep, solo lo usaba los fines de semana o por las tardes.

Arrancó el descapotable y el hermoso y potente sonido de un motor de seis cilindros hizo temblar un poco el vestíbulo. Después de salir del vestíbulo, cerró la puerta enrollable automática y se enfadó, como todas las mañanas, cuando tuvo que activar otro mando a distancia para abrir la puerta al final de la propiedad.

Por fin estaba en marcha de nuevo, por fin podía retomar el ritmo de la vida normal y escapar de su reclusión autoimpuesta. La casa de Noemi estaba en las afueras de una pequeña comunidad de quizás dos mil habitantes. Para llegar a su negocio en Darmstadt, tenía que atravesar un paisaje montañoso y boscoso que a cualquier conductor normal le habría llevado al menos tres cuartos de hora. Normalmente lo conseguía en poco menos de media hora.

Disfrutaba del hermoso paseo por el campo en cualquier estación. Especialmente en verano, cuando podía abrir el techo del descapotable para respirar el maravilloso aroma de los árboles y la hierba.

Pero ahora se acercaba el invierno y los esbirros de las heladas

se abrían camino lentamente a través de los bosques y prados. Noemi vio la lucha desesperada de los tiernos rayos de sol contra los poderosos heraldos del invierno. El rocío de la mañana había tenido que ceder hace unos días ante el extraño mundo de la formación de hielo, que ya había conquistado grandes extensiones de los prados. Los árboles más jóvenes se inclinaban ligeramente, como siervos reverentes, bajo la carga aún soportable del manto de escarcha. Aunque el aire acondicionado del descapotable funcionaba bien, Noemi podía oler el encantador aroma del aire frío que penetraba desde el exterior.

El coche tomaba las curvas con suavidad, pero con firmeza. Se acercaba a la ciudad inexorablemente. El tráfico se hizo más denso y el bosque desapareció lentamente en el retrovisor de Noemi. Para la gente de las afueras, Darmstadt era una metrópolis. Compararla con otras ciudades o grandes pueblos sería presuntuoso, y sin embargo el encanto de esta ciudad daba a sus habitantes una sensación de calidez y seguridad. Noemi nunca había pensado mucho en este hecho. Sin embargo, intuía que eran sobre todo estas emociones humanas las que la habían mantenido cerca de esta ciudad durante muchos años. Sin embargo, la vida en la ciudad era un mundo diferente para Noemi. La velocidad de las ciudades le producía una cierta descarga de adrenalina y, al mismo tiempo, le preocupaba de una manera inexplicable. Cualquiera podía esconderse entre la multitud, pero ella no, porque siempre destacaba. Las ciudades ofrecían a otras personas ocio y diversión. Para Noemi, estas cosas eran agradables, pero no tan importantes como para muchos otros. De vez en cuando, Noemi iba a la ciudad solo por diversión, aunque los bares y discotecas a veces no estaban abiertos el tiempo suficiente para ella. Pero después de estas horas locas, rápidamente podía encontrar el camino de vuelta a la realidad y en su casa encontraba su reino personal de seguridad.

Noemi era una conductora más que eficiente, por lo que llegaba a su trabajo a tiempo. Normalmente abría su exclusiva tienda de antigüedades y muebles a las nueve en punto. Pero su disciplina como empresaria siempre exigía que estuviera allí antes, por lo que solía estar en la tienda entre las ocho y las ocho y media.

La tienda estaba situada en el corazón del casco antiguo y ocupaba una superficie de cuatrocientos metros cuadrados. Hacía

unos años que había reformado la planta baja de una antigua casa de entramado de madera para poder exponer y vender antigüedades muy antiguas y muebles inusuales. La mezcla de muebles extravagantes y modernos se combinaba maravillosamente con valiosas obras de arte. En cierto modo, esta interesante mezcla formaba parte de ella. Muchos de sus clientes venían de lugares lejanos para inspirarse en este esplendor y singularidad, esta maravillosa mezcla. Hombres y mujeres apreciaban la forma cariñosa y atenta en que Noemi les aconsejaba. Y muchos clientes, hombres y mujeres, se enamoraron del encanto, la gracia y la belleza de la propietaria de la tienda, que, como por arte de magia, ejercía una especie de hechizo sobre la gente. Hasta ahora, Noemi ha sido capaz de desviar hábilmente los deseos de muchos hombres y mujeres sin tener que temer consecuencias negativas en los negocios y en la vida privada.

Es cierto que la tentación no siempre fue reprimida, ya que vivía sola, pero se apegó a su propio principio de no entablar una relación hasta estar absolutamente segura de haber encontrado a la pareja adecuada. En última instancia, no era una soñadora, ya que inicialmente consideraba que su pareja ideal no tenía género. A pesar de su juventud, hacía tiempo que sabía que el príncipe azul en su corcel blanco no existía. Nunca pudo compartir las fantasías de las jóvenes y, por eso, seguía confiando en su instinto a la hora de buscar pareja.

Después de aparcar su descapotable en el aparcamiento, que tenía espacio para otros diez coches, fue a la entrada lateral, abrió la puerta y entró en una pequeña antesala desde la que una puerta conducía a la oficina. La puerta de enfrente conducía al aseo y la del medio a la sala de ventas. Esta puerta, al igual que la puerta de entrada lateral, también tenía que ser descifrada para desconectar el sistema de alarma. Noemi no toleraba la negligencia, ni en la vida privada ni en la profesional. Su ritual matutino solía consistir en hacer café, revisar los faxes y los correos electrónicos y abrir las ventanas. Este orden estaba grabado en piedra, tan inquebrantable como las rocas de Gibraltar. Una vez hecho todo, aparecían sus dos empleadas.

Claudia e Iris solían venir juntas, ya que las dos eran buenas amigas desde hacía muchos años. A pesar de la diferencia de

edad de once años, su amistad nunca se había puesto a prueba. Claudia, la más joven de las dos, tenía treinta y dos años, era soltera, atractiva y mostraba cierta inteligencia. Iris tenía mucha confianza en sí misma y el fuego que solo una mujer de mediana edad puede tener si no se deja ir. Iris era un poco dominante, muy vanidosa y cuidaba su apariencia como si ella misma fuera una obra de arte. Lo hacía no con ambición exagerada, sino con una especie de estilo digno. A pesar de su madurez y carisma, no pudo desafiar el dominio y la superioridad incuestionable de Noemi y su posición como propietaria del negocio. Desde la fundación de la empresa, su papel ha sido claro e indiscutible entre proveedores y clientes. Su autoridad y experiencia se consideraban inviolables. Iris también estaba profundamente impresionada por la fascinación que Noemi había ejercido sobre ella desde su primer encuentro. Sin embargo, su lealtad hacia Noemi consistía principalmente en reverencia, devoción y un poco de un tipo especial de amor que sentía por ella. Pero tan pronto como estas emociones surgían en ella, era capaz de reprimirlas con la misma rapidez. Estos sentimientos provocaban confusión en el corazón de Iris. No era correcto que una mujer sintiera hermosos sentimientos por una persona del mismo sexo, sobre todo porque Iris no solo había estado casada durante muchos años, sino que también tenía dos hijos. Nunca había sido capaz de desarrollar sentimientos por ninguna mujer, excepto por Noemi.

Su inseguridad no se basaba en el hecho de que pudiera sentir algo por una mujer, sino en que solo se aplicaba a esta mujer. Nunca había sentido una sensación de hormigueo por las mujeres, ni en sueños ni en su entorno emocional. La fijación en esta persona la asustaba. Nunca estuvo segura de sí este acto de equilibrista podía atribuirse a la demonización de una atadura oculta o tal vez al deseo profundo que sentía por el mismo sexo. Iris, sin embargo, estaba absolutamente segura de que Noemi no podía reconocer nada de sus sentimientos. Se sentía segura, incluso en los momentos en que sus manos a veces se tocaban en el trabajo. En esos momentos, a Iris se le cortaba la respiración y su corazón parecía latir mucho más rápido, pero confiaba plenamente en su compostura de que sus sentimientos estaban protegidos de Noemi y también de los demás.

Claudia no sabía mucho de estas cosas. Estaba demasiado preocupada por sí misma y por sus muchos conocidos como para notar algo especial en el comportamiento de Iris en cuanto entró en contacto más cercano con Noemi. Por otro lado, era una superficialidad fácilmente reconocible la que limitaba un poco el mundo de Claudia. Su despreocupación la protegía de las agresiones de los clientes o incluso de sus amantes. Sin embargo, su ingenuidad le permitió vivir una vida feliz, que también amaba mucho. Su sencillez, junto con su belleza, le abrió mundos que permanecían cerrados para muchos otros. Era una persona con la que nunca te podías enfadar y, para muchos, era simplemente una buena compañera con la que podías pasar unas horas de diversión juntos.

Este trío de mujeres muy diferentes fue la clave del éxito de la pequeña empresa.